



Queridos Hermanos:

El pasado 13 de febrero terminaba su jornada terrena nuestro

## **MONSEÑOR ERNESTO ALVAREZ ALVAREZ ARZOBISPO EMERITO DE CUENCA Y ARZOBISPO AUXILIAR DE GUAYAQUIL**

El súbito deceso de nuestro querido obispo fue causado por una hemorragia cerebral, según el certificado médico que se extendió para su inhumación.

Apenas se difundió la noticia de su muerte acudieron a rendir la solidaridad de fe cristiana tanto los miembros de la Conferencia Episcopal Ecuatoriana, como todas las ramas de la familia salesiana y un gran número de personas y amigos que a través de los años y en las varias responsabilidades que ejerció nuestro hermano habían recibido su servicio salesiano de pastor y amigo.

Los funerales se realizaron en nuestra parroquia salesiana de María Auxiliadora de El Girón (Quito), con numerosísima asistencia. Presidió la celebración el Sr. Cardenal Pablo Muñoz Vega, acompañado del Presidente de la Conferencia episcopal Ecuatoriana y de casi todo el colegio episcopal del país, a quienes rodeaban un significativo número de sacerdotes salesianos y diocesanos. Pronunció la Homilía de ocasión Monseñor Luis Alberto Luna, arzobispo de Cuenca y sucesor del pastor decesado. Impresionó a los presentes los rasgos sobresalientes con que fue esbozando la tarea pastoral de Monseñor Alvarez; tarea que la situó en el marco del momento eclesial del postconcilio y de la Asamblea Episcopal de Medellín, que hizo que lo llamara "hermano en el martirio" por las dolorosas circunstancias que rodearon su paso por ese arzobispado, pero época también rica en definiciones y testimonios

lentos de coherencia y de verdad. Lo señaló como el pastor que fue capaz de asumir las responsabilidades episcopales con nitidez, a pesar de los sufrimientos profundos por los que tuvo que pasar.

Al término de las exequias el padre Inspector agradeció a los señores Obispos y a todos los presentes por las muestras de solidaridad manifestadas para con nuestro hermano obispo y reiteró una vez más la disponibilidad de la Congregación Salesiana para cooperar en la tarea eclesial con la misma generosidad con la que se había distinguido nuestro obispo en las varias responsabilidades que se le asignaron durante los años de su sacerdocio y episcopado.

Sus restos mortales se depositaron en la cripta de la parroquia de Nuestra Señora de la Paz, que luego de su renuncia del arzobispado de Cuenca, la sirvió por breve tiempo en calidad de párroco de la misma. Las oraciones finales fueron presididas por dos hermanos en el episcopado, los Obispos Luis Enrique Orellana y Vicente Cisneros, quienes le dieron el postrer adiós, evidenciando los valores de caballerosidad y amistad que distinguieron al llorado difunto, tanto con sus personas como con todos quienes lo acercaron durante su vida terrena. La presencia de los numerosos familiares de Monseñor y su reiterado agradecimiento a las muestras de simpatía por el miembro difunto de parte de la Iglesia, miembros de la comunidad salesiana y fieles hicieron un marco de honrosa sepultura, a la vez que proyectaron un ambiente de serenidad y de esperanza cristiana.

## **RASGOS BIOGRAFICOS Y CURRICULUM VITAE**

Nació en Riobamba el 2 de mayo de 1925, en el hogar de Dn. Antonio Alvarez y Dña. Zoila Alvarez.

Cursó la Instrucción Primaria en el Instituto Salesiano "Sto. Tomás"; la media en el Colegio Nacional "Pedro Vicente Maldonado" de donde egresó como el mejor Bachiller de su promoción.

Ingresó a la Congregación Salesiana en 1946 y concluidos sus estudios superiores en el Filosofado y Teologado de Quito, el Cardenal Carlos María de la Torre le ordenó sacerdote el 29 de junio de 1953.

Ejerció en Cuenca las primicias de su ministerio como Capellán del Asilo Cristo Rey y del Leprocomio "Mariano Estrella" siendo al mismo tiempo Prefecto de Estudios del Colegio Orientalista y Profesor del Técnico Salesiano de 1953 a 1956.

En 1956 realizó estudios de especialización en Sociología en la Universidad Católica de Chile; en 1957 dirige en Quito la Sección Técnica del Colegio "Don Bosco" y hasta 1960 es Prefecto y Profesor del mismo Plantel; en ese año, becado por la OEA, realiza estudios de Ciencias Sociales Aplicadas en la Universidad Nacional de México como el primer sacerdote becario; viajó dentro de un programa de extensión universitaria por centros de cultura superior de Estados Unidos y Europa.

En junio de 1962, regresa a Quito y es designado Rector del Instituto Superior Salesiano de Filosofía y Pedagogía; al mismo tiempo sirve como Profesor de la Universidad Católica, Asesor Nacional de Acción Católica, Presidente de la Fedec de Pichincha y Vocal del Comité Ejecutivo de la Confedec.

En 1965 asiste como Delegado del Ecuador al Capítulo General de la Congregación Salesiana, en Roma; en marzo de 1966 pasa a Guayaquil como Rector del Colegio "Cristóbal Colón"; es elegido Asesor del Movimiento Familiar Cristiano, Vicepresidente de la Fedec de Guayas, Director de la Sociedad de Beneficencia de Señoras y Miembro del Consejo de Presbiterio.

El 8 de diciembre de 1967, día de la Inmaculada Concepción, Patrona de las Obras de Don Bosco, S.S. Paulo VI le nombró Obispo Titular de Megalópolis Proconsular y Auxiliar de Guayaquil, recibiendo la Ordenación Episcopal en la Catedral Metropolitana de esa ciudad por imposición de las manos de Mons. César Antonio Mosquera, el 14 de enero de 1968.

Vicario General, Vicecanciller de la Universidad Católica de Santiago de Guayaquil, Responsable de la Sección de Milagro y de su Equipo sacerdotal; encargado del Apostolado Seglar, de Educación Católica y de los Movimientos Ecuménico y Obrero.

Tras la renuncia de Mons. Mosquera como Arzobispo de Guayaquil, el Capítulo Metropolitano le eligió Vicario Capitular de la Arquidiócesis, cargo que ejerció del 12 de abril al 7 de junio de 1969.

Acompañó al nuevo Arzobispo, Monseñor Echeverría en iguales ministerios que su Predecesor; viajó nuevamente por México, Estados Unidos y Europa y fue recibido en audiencia especial por el papa Paulo VI.

En la Conferencia Episcopal ejerce los cargos de Capellán Nacional del Escultismo, Presidente de las Comisiones de Educación, de religiosos y del Apostolado del Mar.

El 2 de mayo de 1970 recibió el nombramiento de Arzobispo, por esta vez, de Clipia y Coadjutor con derecho de sucesión de Monseñor Serrano en la Metropolitana de Cuenca. Inició su labor pastoral en esta ciudad el 23 de mayo.

Tras la súbita muerte de Mons. Serrano, el 21 de abril de 1971, regresó de Europa para hacerse cargo del arzobispado. Tomó posesión canónica y recibió el Palio el 3 de junio de 1971 en medio de las aclamaciones de su pueblo.

Luego de un decenio de ininterrumpida entrega a su ministerio episcopal, su salud se resintió de manera preocupante a causa de una arterioesclerosis progresiva y los médicos le sugirieron que tenía que limitar su actividad. Presentó su renuncia al Santo Padre. El 29 de junio de 1980 el Card. Casaroli se dirigía a Mons. Alvarez en los siguientes términos: "Teniendo en cuenta las motivos que Ud. ha expuesto ampliamente, Su Santidad ha estimado que debe acoger su petición y, por ello, ha decidido dispensarlo del cuidado pastoral de la Arquidiócesis de Cuenca, haciendo votos para que esta disposición pueda dar los frutos esperados para su salud y para su futura actividad".

El 4 de agosto de ese mismo año, luego de una sentida y triste despedida realizada dentro de la celebración eucarística en la Catedral de Cuenca, se retiró de su amada sede arzobispal a la ciudad de Quito. Lo acogieron sus familiares a fin de, brindarle una especial atención.

La Conferencia Episcopal Ecuatoriana siguió de cerca se recuperación y bastante aliviado de su mal, el Santo Padre le nombró Arzobispo Auxiliar de Guayaquil el 1 de noviembre de 1984. Fue a colaborar al pastor de dicha arquidiócesis en el territorio de la Península de Santa Elena desde 1984 hasta la Pascua de 1987, cuando, tras las fatigas del trabajo pastoral de la cuaresma y semana santa, nuevamente tuvo una recaída de su mal.

Su hermana Anita lo acogió nuevamente, brindándole un ambiente tranquilo y sereno, al mismo tiempo que continuaba bajo el control de los médicos.

Todo hacía esperar que podría reintegrarse algún momento a su labor pastoral. Participó con los demás miembros del Colegio Episcopal en la visita ad limina al Santo Padre en octubre de 1989. Durante 1990 la mejoría se acentuó en forma notable. Pero los designios del Señor hacían realidad cuanto él dijo en la homilía de despedida de su arquidiócesis. "Recordad que la Iglesia es eterna, como eterno es Dios y que los hombres, servidores de la Iglesia, no somos sino momentos, de esa perennidad que es Dios". Hacia ella lo llamó el Pastor de los pastores el día 12 de febrero de 1991.

## RASGOS DE SU PERSONALIDAD

### EL HOMBRE:

Perteneció Monseñor a un distinguido hogar de la ciudad de Riobamba. Su padre, Don Antonio Alvarez era un benemérito Profesor del Colegio Nacional Pedro Vicente Maldonado que se distinguía tanto por su competencia profesional como por su austeridad con los alumnos. Dicha escuela fue la primera formadora de la personalidad de nuestro hermano y se completó maravillosamente con la de su virtuosa madre Doña Zoila Alvarez, que inculcó desde muy tierna edad los delicados sentimientos cristianos a su hijo, el último de entre 9 hijos.

Las relaciones de la familia con la comunidad salesiana eran patrimonio de vivencia diaria, de modo que el acercamiento del pequeño Ernesto hacia los hijos de Don Bosco fue algo natural y espontáneo. Riobamba fue la segunda ciudad que acogió a los salesianos enviados por nuestro fundador en 1887, poco tiempo antes de su bienaventurada muerte. La obra salesiana en esta ciudad echó hondas raíces y proyectó en forma definitiva a través de varias generaciones de alumnos que se educaron a su sombra y ha sido siempre un centro de la más genuina tradición de familia salesiana. Por ello fue natural que sus padres lo enviaran para sus primeras letras al denominado Colegio Salesiano Santo Tomás Apóstol. Terminada la primaria en nuestro instituto, su padre, hombre de las ideas liberales de la época, aunque respetuoso de la Iglesia, quiso que su hijo pasara para la secundaria al Colegio Nacional donde él era un veterano y respetado profesor en la cátedra de matemáticas.

La inspiración laica de ese establecimiento no mermó en nada la inicial formación cristiana recibida en su hogar y en la escuela salesiana. Recordaba con satisfacción el calor de su hogar, inspirado en los mejores valores humanos y cristianos, sobre todo las enseñanzas de su madre. En la intimidad de compañeros y amigos narra con fruición anécdotas y circunstancias de esa época de tanta incidencia para la vida de todo adolescente.

Desde muy joven y sobre todo como alumno del establecimiento fiscal se proyectó con una personalidad muy definida. El testimonio que da sobre él el Director Salesiano del Instituto, P. Angel Correa, que lo siguió durante esos años nos hace intuir ya entonces el perfil de la personalidad de Ernesto Alvarez. Certifica y declara que el exalumno del mencionado instituto observó en él un modo de portarse bajo todo aspecto irreprochable y muy merecedor de encomio, por cuanto el aludido joven supo mantener incólume su virtud y la práctica de sus principios católicos, en medio de no pequeñas dificultades. Este documento lo consigna en ocasión de su ingreso como aspirante, luego de graduarse de bachiller. En las varias solicitudes que presenta el Superior Religioso para las admisiones de las etapas de formación salesiana y

sacerdotal, da a entender la recta intención de sus propósitos y el acatamiento a la decisión de sus superiores como signos de la voluntad de Dios.

Era de temperamento fuerte. Tuvo que luchar mucho para controlarlo. Pero estaba equilibrado por una gran nobleza de corazón y un especial sentido de la dignidad personal, basada en la rectitud y en la verdad. La responsabilidad era otra de sus características, lo que se le encomendaba lo asumía con empeño y tenacidad muy propios de él. No pactó jamás con lo incorrecto y lo inmoral. Esto le trajo serios dolores de cabeza e incomprendimientos. Era muy sensible al dolor ajeno. Rodeaba de especial cariño a los enfermos.

Era de talento claro, con sólida preparación intelectual. Caballero y de modales muy corteses. Estas cualidades le sirvieron para el ejercicio de su misión pastoral, tanto como sacerdote, como en la plenitud del mismo.

### **EL SALESIANO:**

El nacimiento de su vocación salesiana podríamos decir que coincide con el ingreso a nuestro instituto. Allí se encontró con salesianos que le impresionaron positivamente y suscitaron el entusiasmo por la vida religiosa en bien de la juventud. Su maestro de noviciado se pronuncia sobre él, diciendo que “sinceramente amante de la Congregación”. Y así le demostró durante toda la vida.

Cuando fue preconizado para el episcopado dirigió sendas cartas al Rector Mayor, al Consejo General y al Inspector, en las que manifiesta que el “nombramiento y honor del todo inmerecido, en ningún momento quiero atribuirlo a mi pobre persona, sino a la Madre Congregación Salesiana, de la cual siempre me he considerado orgullosamente el último de sus hijos y a la cual le debo todo lo que soy”.

Se mantenía informado de todo lo que se relacionaba con la vida de nuestra congregación. Gustaba leer literatura salesiana. Comentaba con entusiasmo los grandes acontecimientos de la Congregación y se dolía cuando los momentos de crisis tocaba a nuestras comunidades.

Un momento importante para su salesianidad constituyó su participación al XIX Capítulo General, en calidad de Delegado de nuestra Inspectoría, en 1965 precisamente al final del Concilio, cuando comenzaba el gran movimiento de renovación. Se mostró sereno y optimista ante el nuevo giro que se iniciaba en las comunidades religiosas y miraba con fe todos los acontecimientos que se desencadenaron. Nunca se desalentó por esto y demostró un ejemplar equilibrio ante las corrientes que se suscitaron en los años siguientes.

En su calidad de Director de nuestro estudiantado filosófico, luego de participar al mencionado Capítulo General, inculcaba a nuestros estudiantes, junto al trabajo formativo por los valores humanos, tan necesarios para un educador, la adquisición de una salesianidad que fuera la manifestación completa de amor a Don Bosco, a través de una seria preparación académica, intensa piedad y trabajo personal y comunitario que los habilitara para el inmediato apostolado de asistencia y magisterio. Para él la bondad no era cobardía, ni flojera; no se escudaba en el dejar hacer, dejar pasar, sino que intervenía con energía y verdadera caridad. Su responsabilidad de formador sabía que el porvenir de la inspectoría estaba en juego si no cumplía con su conciencia y con su amor a la congregación.

### **EL SACERDOTE:**

Cuando solicita la sagrada orden del Presbiterado manifiesta que, la considera como una

gracia extraordinaria, con la que Dios colmará el anhelo de toda su vida y que tal vez no ha correspondido lo suficiente para hacerse acreedor, proponiéndose corresponder en su pequeñez a la inmensidad de don semejante. Los Superiores al admitirlo manifiestan que ha demostrado buena voluntad y trabaja con decisión para mejorarse. Que es piadoso, trabajador, responsable y bien dotado. Hará bien si empeña en corregir su temperamento.

La celebración eucarística constituyó siempre el centro de su vida. De ella sacaba el dinamismo y la constancia para el trabajo con los jóvenes.

En los pasados años de la crisis de identidad sacerdotal, lo encontramos siempre decidido por su opción, sin titubeos, ni concesiones. Ante sus hermanos vacilantes, fue comprensivo y lleno de mucha caridad, ayudándolos a un discernimiento inspirado en los criterios orientadores del magisterio de la Iglesia.

Además del apostolado juvenil salesiano, entregó su sacerdocio en horas extras, al servicio del movimiento familiar cristiano que tuvo mucha actualidad en los años sesenta y fue uno de los iniciadores en la arquidiócesis de Quito, junto con otros sacerdotes, con la aprobación del pastor diocesano, de esta significativa ayuda a las parejas de matrimonios cristianos.

Su sacerdocio lo vivió con coherencia inquebrantable. estuvo dotado de un don maravilloso de comunicación con las personas. Espontáneo y entusiasta, sabía crear un ambiente de cercanía y cordialidad con todos, sin ambigüedades, ni mediocridades.

### **EL OBISPO AUXILIAR:**

El 8 de diciembre de 1967 fue preconizado Obispo Auxiliar de Guayaquil, mientras estaba frente de la dirección del Colegio Cristóbal Colón, de tanta tradición en nuestra inspección. la ordenación episcopal se realizó el 14 de enero de 1968. El lema escogido por el nuevo obispo, COMUNIÓN Y SERVICIO, tomado de la Constitución sobre la iglesia, del Concilio Vaticano II, denota las grandes líneas de su proyecto pastoral. Estuvo acompañado de todos los directores salesianos de la Inspectoría presididos por el Inspector P. Humberto Solís y demás miembros de la Familia Salesiana que rodearon con el afecto y la oración a Monseñor Alvarez, augurándole un fecundo apostolado pastoral.

Era el primer salesiano ecuatoriano llamado al Ministerio episcopal y por ello toda la inspección le rindió homenajes de fraternidad en las varias ciudades del País.

Inmediatamente se puso a disposición del anciano arzobispo de Guayaquil, Monseñor César Antonio Mosquera, juntamente con el otro compañero de episcopado electo al mismo tiempo que él, Monseñor Vicente Cisneros, actual obispo de Ambato, con el que mantuvo siempre una cordial amistad. Es la arquidiócesis de Guayaquil la primera en población en el Ecuador y la situación geográfica de su capital como puerto marítimo y como centro de inmigración interna nacional, determinan también una pastoral muy compleja y especial.

Asumió Mons. Alvarez todas las tareas que su arzobispo le entregara, ya como Vicario General, desde donde entabló las mejores relaciones de hermano y amigo con los sacerdotes diocesanos ya como Vice-Canciller de la Universidad Católica, que iniciaba en ese momento su despegue de expansión, junto con las corrientes de las nuevas ideologías de los años setenta, las que nuestro obispo supo asumir con mucha prudencia y talento. Fue encargado responsable de la sección territorial de Milagro y de su equipo sacerdotal, junto a las incumbencias del Apostolado Seglar y de los Movimientos Ecuménico y Obrero.

Un vastísimo campo de trabajo apostólico, que en su natural entrega y responsabilidad, demostró también una enorme capacidad de ejecutorias y sobre todo entrañable amor a la Iglesia. La figura de Monseñor Alvarez fue adquiriendo un notable aprecio de todos sus fieles, de sus hermanos sacerdotes y de las autoridades de la ciudad y de la provincia.

Fueron dos años y medio de iniciación episcopal que lo prepararon para una nueva y más gravosa responsabilidad que le deparaba la providencia divina. El 2 de mayo de 1970 recibía el nombramiento de Arzobispo Coadjutor con derecho a sucesión de Monseñor Manuel Serrano en la Metropolitana de Cuenca, nombramiento que se hizo efectivo tras la muerte de dicho pastor, el 21 de abril de 1971.

### **EL ARZOBISPO DE CUENCA:**

Cuenca, es una ciudad eminentemente salesiana. El nombramiento de su pastor, sacado de nuestra familia, alegró a toda la provincia. Su designación fue recibida con grandes muestras de aprecio hacia nuestro arzobispo. La década de los setenta fue un período de difícil gestión para los pastores de la Iglesia. El postconcilio y Medellín marcaban hitos muy comprometedores para la renovación y conversión. Monseñor Alvarez asumió con clara conciencia esta realidad y presagiaba su labor con una gran confianza en el Señor Jesús, Pastor de Pastores y en María Auxiliadora de la Iglesia, cuya devoción sembraron con tanto cariño los primeros salesianos que llegaron a esta comarca azuaya.

Para la ambientación y motivación que se hizo en ocasión de los funerales celebrados en su antigua y querida catedral de la Inmaculada de Cuenca, el sacerdote diocesano Stanley Henríquez Cornejo, elaboró, más que con la cabeza, con el corazón, una sentida intervención en la que hace la síntesis de los diez años de la labor pastoral del Arzobispo y que nos permitimos resumir para edificación de todos.

### **MONSEÑOR ERNESTO ALVAREZ Y ALVAREZ, S.D.B., AMIGO Y PASTOR**

1970 - 1980. Diez años de plenitud de entrega como Pastor de la Iglesia en el Azuay.

Hombre de talento claro, con sólida preparación intelectual, rico en valores humanos y del espíritu.

Dios, que le llamó a la plenitud del Sacerdocio, le enriqueció de dones para ejercerlo con eficacia en la construcción del reino.

Sus objetivos fueron nítidos: la renovación de la Iglesia impulsada por el Concilio Vaticano II y asumida por los documentos de la Iglesia Latinoamericana en Medellín y Puebla, y la promoción de la Evangelización en todos los estratos sociales, haciendo suya la opción preferencial por los campesinos pobres.

Con discernimiento optó por los medios más adecuados:

- Actualización teológica de los sacerdotes y formación de los seglares, en especial para el servicio de la catequesis.
- Cursos de planificación pastoral, que hicieran posible una tarea unificada y eficaz.
- Curso sobre Comunidades Eclesiales de Base, realidad esperanzadora en América Latina.

Tuvo el coraje, no sin riesgo, de romper las barreras de separación entre Jerarquía y Pueblo de Dios. Fue una siembra dolorosa pero fecunda, que abrió perspectivas de una Iglesia en marcha.

Estuvo dotado de un don maravilloso de comunicación con las personas. Espontáneo y entusiasta, sabía crear un ambiente de cercanía y cordialidad con todos.

Trabajó con los obreros con su espíritu salesiano, a quienes se acercó con naturalidad. Junto a los campesinos, participó en sus angustias y esperanzas; estuvo con frecuencia en sus celebraciones y aún en sus casas. Nunca olvidarán que se sentaba a su pobre mesa y disfrutaba de su frugal alimento. Según la expresión paulina, se hizo todo para todos, para ganarlos para Cristo.

La figura de Monseñor Alvarez quedó grabada en su pueblo como el Pastor que supo granjearse la simpatía de quienes necesitaban su palabra autorizada por el Evangelio y avalada por su vida intachable. fue hombre que supo decir sí, sí y no, no, sin componendas y ambigüedades. Fue capaz de asumir las responsabilidades episcopales con nitidez, a pesar de los sufrimientos profundos por los que tuvo que pasar.

Su personalidad fuerte y su carácter definido le ubicaron como un hombre decidido a enfrentarse a cualquier realidad, donde la presencia de Iglesia era necesaria para denunciar los males y consolar a los débiles. Sin embargo, todo su comportamiento estaba lleno de humanidad, lo que hizo que cercanos y extraños admiran su coraje y valoran las obras de la Iglesia que llevó a cabo, como el gran aporte que dio, con bienes y persona, a la Fundación de la Pontificia Universidad del Ecuador - Sede en Cuenca - hay Universidad del Azuay.

Fue amigo fiel, leal, no cambió la amistad por pasiones bajas, intereses mezquinos o compensaciones pasajeras; amigo en todo lo que significa y es el "ser amigo": donación, verdad, compasión y amonestación sincera cuando el caso así lo requería.

La Iglesia de Cuenca fue dirigida con acierto y decisión. Monseñor Alvarez nunca tuvo un silencio cómplice, ni posturas acomodadas a los tiempos que le tocó vivir; no aspiraba a figuraciones llenas de alabanzas pasajeras y políticas mezcladas con intereses no eclesiales; fue hombre de Iglesia por las opciones asumidas y posturas claramente evangélicas, vividas.

Decididamente recorrió los difíciles caminos de la geografía Azuaya, sin escatimar, cansancios y fatigas. Esto, más la connatural tensión de la cruz del episcopado, minó pronto su salud.

Cuando los médicos le dijeron que tenía que limitar su actividad, eliminar tensiones y llevar una vida metódica, prefirió presentar su renuncia de la Arquidiócesis de Cuenca al Santo Padre, como lo dijo él mismo, por amor a Cuenca y por fidelidad a su misión, para que esta Iglesia pudiera tener un Pastor con capacidad plena de servicio. Su decisión fue generosa y dolorosa a la vez, pero sobre todo profética.

Así Cuenca recibió un nuevo Pastor y la siembra que hizo Monseñor Alvarez ha ido fructificando junto con nuevas siembras, regadas con frecuencia con dolor y lágrimas, hasta hacer la Iglesia que hoy somos. Y seguirá fructificando porque desde el cielo intercederá por ella.

Separado de Cuenca, si vida se fue consumiendo, en un avance constante de su dolencia, hasta que en la madrugada del martes doce de febrero, en la misma forma en que él aspiraba morir, pasó a la casa del Padre Dios. Desde allí continuará cercano a esta Iglesia que amó y sirvió, mientras nosotros tendremos de él siempre un recuerdo agradecido.



Así lo conocimos y así lo recordamos en esta tarde en que la iglesia Arquidiocesana de Cuenca quiere tenerlo presente en esta Eucaristía, que es centro y vínculo de nuestro vivir en Cristo y que en Monseñor Ernesto Alvarez ya es vida resucitada”.

## FLORILEGIO DE UNA DESPEDIDA DOLOROSA

Para terminar, voy a presentar algunos pensamientos de nuestro Arzobispo, tomados de la homilía que pronunció en la Eucaristía de despedida de su amada arquidiócesis de Cuenca y que reflejan la espiritualidad pastoral que vivía y animaba su intensa actividad:

- “Llegué para asumir, no un honor, sino una carga, la dulce carga de la fe y del amor; el pastoreo de las almas, de las vidas y de los hombres, pero no en nombre propio, sino en el del único nombre, el de Cristo Nuestro Señor, el Salvador”.

- “Por qué me voy? Me voy porque en la hora de Dios, ha terminado mi misión; porque en la palabra del Pastor Universal de la Iglesia, aceptando mi renuncia, he encontrado claramente la respuesta divina y mi petición, que provenía del espíritu, de una necesidad de conciencia; de una necesidad eclesial. Cuál es la causa de esta necesidad? Unica y exclusivamente la de la pérdida de mis energías y salud; pérdida ocasionada por la tarea pastoral de todos los días y de todas las horas. Tarea pastoral que impulsada por la fe y el amor, no cuidó de distancias, de personas, de lugar, de tiempo, de circunstancias, ni de peligros. La caridad de Cristo nos urge, es la expresión y mandato del gran pastor de las gentes, San Pablo”.

- “En la Iglesia Santa de Dios, no se puede, ni se justifica, el aparecer, sino de ser. Así, pues, había llegado la hora y el momento de hablar con claridad, con verdad, con humildad y sinceridad, y decir: No puedo continuar apareciendo como Pastor, ya que el Obispo, ha sido colocado por el Espíritu Santo, para regir de hecho la Iglesia Santa de Dios y no por apariencia”.

- “Y ante este paso, podéis preguntaros y con justicia. Qué es lo que ha hecho este Pastor? Os contesto sin vacilación: lo que debía y lo que podía; pero debo añadirlos también y con toda humildad y sinceridad, que no siempre los buenos deseos terminaron en realidades, pues en la economía divina, la libertad y el amor, son inviolables y nadie ama y sirve a Dios por imposición, sino por convicción, y yo fiel a esa norma he preferido la ley del amor a la de la imposición; la de la fraternidad a la de la autoridad; la de la amistad y el servicio a la del prestigio, recordando en lo íntimo de mi ser, las palabras del Señor: “Que no había venido a ser servido, sino a servir”, y que “El que quería ser el primero, que sea el último”, porque “servir es reinar” y además: “Que la semilla tiene que morir en el surco, si quiere vivir en el futuro”.

- “Hoy solamente os puedo decir: que no fue fácil la tarea que se me encomendó, debía llevar adelante los propósitos de la Iglesia Postconciliar, dura tarea, a veces incomprensible; no obstante con fe y esperanza, se han abierto surcos y la semilla está echada; se ha desbrozado el bosque y se ha abierto nuevos caminos y todo esto, sin esperar la cosecha, ni la llegada. La cosecha de Dios y la llegada de su espíritu, tiene sus horas, que muchas veces no se compaginan con el horario y calendario de los hombres: Serán unos los que irán sembrando entre lágrimas y otros los que volverán cantando y trayendo la cosecha, pero el incremento de la siembra y de la cosecha, es el mismo Dios, Padre providente y salvador”.

- “Protagonista de esta historia, llegué un día a la iglesia de Cuenca, con sencillez y dignidad, y hoy me retiro de ella, con la misma dignidad y sencillez”. He llegado pues al final de mi

camino y he querido que en esta hora decisiva, nuestro encuentro y despedida, sea una cita de fe y de amor, pero en el mismo Templo y en la misma Ara Santa del comienzo, por eso, con las mismas palabras del Señor os puedo decir: “Vehementemente he deseado comer con vosotros esta Pascua”, este paso, esta despedida y deciros también como Jesús y con Jesús: “Que si siempre os he amado, hoy, os amo más que nunca”. La Eucaristía es eso: presencia y ausencia, encuentro y despedida y yo como Obispo, como vuestro padre, hermano y servidor de Cristo, no he podido encontrar otra forma mejor de deciros mi palabra de adiós, sino ésta, la de la Eucaristía”.

“Eucaristía es también perdón y por eso muy unidos a vosotros, quiero humildemente pedir perdón a Dios y a mis Hermanos, por todos mis pecados, mis negligencias y omisiones. Quiero pedir a Dios que tenga mi fe, mi amor, mi sinceridad y voluntad de servicio. Si, que tenga en cuenta el amor que puse en todas mis obras y el amor que puse en mi entrega! confiando firmemente con San Juan de la Cruz: “Que en la tarde de la vida, se nos examinará sobre este amor”.

“Sí hermanos, todo esto quiero que signifique esta Eucaristía, el banquete del amor, que va más allá de la despedida y de la muerte y que nos anticipa la seguridad de que vivimos y viviremos en plenitud las promesas del reino de Dios, reino de amor, de vida y de eternidad. Por lo mismo no os digo adiós, sino hasta luego y hasta siempre, porque en el espíritu de Cristo, estaré siempre con vosotros, participando íntimamente de vuestras alegrías y penas, de vuestros anhelos y esperanzas. Os dejo mi pobre corazón agradecido y a todos vosotros os llevo dentro del mío, y para vosotros serán siempre mis oraciones y bendiciones. No temáis, “No se turbe vuestro corazón, ni se entristezca”, más bien abridlo a la esperanza y a la alegría”.

“Dios nunca os faltará y más a vosotros, que como Cuenca y como Iglesia, habéis jurado y para siempre: “Primero Dios y después Vo. Así sea”.

Queridos hermanos: dejo a la reflexión personal de Uds. esta intimidad espiritual de nuestro Obispo Alvarez. Su homilía es de antología y es su testamento espiritual, diseñado bajo la inspiración del Espíritu Santo, de cuya plenitud gozó a través del carisma episcopal.

Los valores salesianos, herencia de nuestro Santo Fundador Don Bosco, se encarnan permanentemente en la vida de nuestros hermanos entregados a la misión, inspirados en la caridad pastoral, como un don permanente en la Iglesia para su pueblo. Nuestro hermano Obispo fue uno de estos testimonios.

Pidamos al señor, dueño de la viña, que nos envíe vocaciones generosas como la de nuestro inolvidable Arzobispo Ernesto Alvarez.

Encomendémoslo al Señor en nuestras plegarias, como un exquisito gesto de caridad fraterna y de vivencia de comunión de nuestra familia salesiana. Pidán también por mí.

Afmo. en Cristo

P. Germán Delgado Z.  
INSPECTOR

Quito Junio 29 de 1991.



